

Catecismo de la Iglesia Católica

La maternidad divina de María

495 Llamada en los evangelios 'la Madre de Jesús' (Jn 2,1; 19,25), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como 'la madre de mi Señor' desde antes del nacimiento de su hijo (Lc 1,43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios ['Theotokos'].

501 Jesús es el Hijo único de María. Pero la maternidad espiritual de María se extiende a todos los hombres, a los cuales El vino a salvar: 'Dio a luz al Hijo, al que Dios constituyó el mayor de muchos hermanos (Rm 8,29), es decir, de los creyentes, a cuyo nacimiento y educación colabora con amor de madre'.

502 La mirada de la fe, unida al conjunto de la Revelación, puede descubrir las razones misteriosas por las que Dios, en su designio salvífico, quiso que su Hijo naciera de una virgen. Estas razones se refieren tanto a la persona y a la misión redentora de Cristo como a la aceptación por María de esta misión para con los hombres.

503 La virginidad de María manifiesta la iniciativa absoluta de Dios en la Encarnación. Jesús no tiene como Padre más que a Dios. 'La naturaleza humana que ha tomado no le ha alejado jamás de su Padre...; consubstancial con su Padre en la divinidad, consubstancial con su Madre en nuestra humanidad, pero propiamente Hijo de Dios en sus dos naturalezas'.

504 Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María porque él es el Nuevo Adán que inaugura la nueva creación: 'El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo viene del cielo' (1 Co 15,47). La humanidad de Cristo, desde su concepción, está llena del Espíritu Santo porque Dios 'le da el Espíritu sin medida' (Jn 3,34). De 'su plenitud', cabeza de la humanidad redimida, 'hemos recibido todos gracia por gracia' (Jn 1,16).

505 Jesús, el nuevo Adán, inaugura por su concepción virginal el nuevo nacimiento de los hijos de adopción en el Espíritu Santo por la fe. '¿Cómo será eso?' (Lc 1,34) La participación en la vida divina no nace 'de la sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios' (Jn 1,13). La acogida de esta vida es virginal porque toda ella es dada al hombre por el Espíritu. El sentido sponsal de la vocación humana con relación a Dios se lleva a cabo perfectamente en la maternidad virginal de María.

506 María es virgen porque su virginidad es el signo de su fe 'no adulterada

por duda alguna' y de su entrega total a la voluntad de Dios. Su fe es la que le hace llegar a ser la madre del Salvador: 'Beatior est Maria percipiendo fidem Christi quam concipiendo carnem Christi' ('Más bienaventurada es María al recibir a Cristo por la fe que al concebir en su seno la carne de Cristo') [San Agustín].

507 María es a la vez virgen y madre porque ella es la figura y la más perfecta realización de la Iglesia: 'La Iglesia se convierte en Madre por la palabra de Dios acogida con fe, ya que, por la predicación y el bautismo, engendra para una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. También ella es virgen que guarda íntegra y pura la fidelidad prometida al Esposo'.